

Arqueología en las zonas húmedas *Archaeology in wetlands*

Basta ojear los manuales, al uso, sobre introducción a la Arqueología para comprender la importancia que para la investigación histórica tienen las zonas húmedas y su conservación. Los humedales han sido focos de atracción para los humanos desde siempre. En el Paleolítico como lugares de caza y aprovisionamiento, tal y como nos lo describe Binford (1988) en su capítulo "Vida y muerte en la charca", y en el Neolítico y la Edad de los Metales, como zona de cultivo en sus alrededores y de hábitat en sus orillas, ya que incluso favorecerían las oportunidades defensivas.

La Arqueología tiene como objeto el estudio de las sociedades humanas, su origen y evolución cultural. Para ello se basa en la documentación y clasificación de las distintas herramientas que estas sociedades construyeron y utilizaron a lo largo del tiempo. Así pues, la interpretación arqueológica depende de la cantidad de objetos y estructuras, de sociedades pretéritas, que se han conservado hasta nuestros días. Estos artefactos culturales han sido elaborados con las más variadas materias primas, desde la piedra, la arcilla, para modelar las cerámicas, y los distintos metales, hasta la madera, el hueso, las fibras vegetales, etc. Normalmente, los objetos realizados con materias inorgánicas suelen conservarse en un razonable buen estado a través del tiempo, pero no ocurre lo mismo con las de carácter orgánico. Su conservación depende, principalmente, de las condiciones ambientales en que se encuentre el yacimiento arqueológico: humedad/sequedad, frío/calor y el tipo de suelo.

Los mejores ambientes para la conservación de restos orgánicos, los grandes ausentes en la mayoría de las intervenciones arqueológicas, son los muy húmedos, los muy secos y los muy fríos. Los peores, sin duda, son los que alternan humedad/sequedad, calor/frío, y este es el caso de los ambientes mediterráneos. Pero una excepción, notable, a la norma la constituyen las zonas húmedas: lagos, pantanos, marjales, etc.

En estos lugares, los materiales orgánicos quedan inmersos en un ambiente húmedo y anaerobio que

favorece su conservación en la medida que el encharcamiento resulta más o menos permanente hasta el momento de la excavación.

Los mejores ejemplos de restos conservados por la humedad, los tenemos en la Europa Septentrional y Alpina. Para la primera zona destacan, por su perfecto estado de conservación, los restos humanos hallados en los pantanos y turberas de Dinamarca y Alemania, y como ejemplo, significativo, de la segunda zona tenemos las aldeas lacustres del período Neolítico, localizadas en el siglo XIX. En este lugar se documentaron objetos de madera de todo tipo, desde los mismos suelos y postes de las cabañas, hasta mangos de herramientas, lanzaderas, arcos, cazos, platos, y objetos de cestería, redes, esteras, textiles, que aunque fragmentados, han deparado más información que el resto de lugares de esta cronología existentes en Europa.

Según John Coles, pionero de la arqueología de los pantanos en Gran Bretaña, el 75-90% de los objetos recuperados, en este tipo de yacimientos, son orgánicos, y nada de ellos hubiera sobrevivido en un ambiente seco.

En la Europa mediterránea, las marismas costeras son los ejemplos más significativos de esta clase de yacimientos arqueológicos, y han proporcionado restos de embarcaciones con todos sus aparejos y carga de transporte. Este es el caso del pecio "Fortuna Maris" en Comacchio, Italia, que navegaba por el Mare Nostrum en el siglo I a.C.

En el País Valenciano existen cinco yacimientos arqueológicos, citados en la bibliografía, relacionables con este tipo de ambientes de cronología Epipaleolítica (7000/6000 BP): el Estany Gran de Almenara (Castellón), la laguna de Anna (Valencia), la Ereta del Pedregal en Navarrés (Valencia) y el Arenal de la Virgen y la casa de Lara en Villena (Alicante). Los dos primeros, hoy en día, aún son zonas húmedas, y los restantes fueron transformados y desecados a partir del

siglo pasado. Hasta el momento, los artefactos recuperados están representados por las industrias líticas y óseas típicas de este período cultural, aunque no es descartable que, para el caso del yacimiento de Almenara, nuevos trabajos arqueológicos puedan sacar a la luz otros vestigios y útiles, diferentes de los líticos recuperados en la excavación subacuática realizada en 1974.

El inconveniente en este tipo de intervenciones en zonas húmedas es que, según los cálculos efectuados, el coste podría cuadruplicar el gasto necesario para una excavación en zona seca. Sin embargo, es bien sabido que las políticas culturales y sus correspondientes partidas presupuestarias son cambiantes y dependen, en gran medida, no ya sólo de la bonanza económica sino, también, del interés general que suscitan. De tal forma que lo que hoy no parece asequible, en un futuro puede ser normal e imprescindible para avanzar en la investigación histórica de determinados períodos. Pero para que este cúmulo de buenas intenciones pueda ser realidad es necesario que las zonas húmedas se protejan y conserven, no ya sólo como lugares de biodiversidad, sino como archivos paleoambientales y culturales.

Bibliografía: – Binford, L.R., 1988: En busca del pasado, Crítica, Barcelona. – Clark, G., 1980: Arqueología y Sociedad, Akal, Madrid. – Fortea, J., et al., 1975: Tipología, habitat y cronología relativa del Estany Gran de Almenara, Cuadernos de Arqueología Castellonenses, Castellón. – Hole, F. y Heizer, R.F., 1982: Introducción a la arqueología prehistórica, F.C.E., Madrid. – Renfrew, C. y Bahn, P., 1993: Arqueología. Teorías, métodos y práctica, Akal, Madrid.

**Enrique Ruíz Val, Beatriz Arnau Davó
(Arqueólogos)**